



UNIVERSIDAD DE CHILE
Facultad de Ciencias Sociales
Escuela de Psicología

LOS TIEMPOS DE LA ANGUSTIA

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PSICÓLOGO

AUTOR: ALEJANDRO ANDRÉS PIZARRO ARAYA

PROFESOR GUÍA: PABLO CABRERA

PROFESOR PATROCINANTE: ROBERTO ACEITUNO

SANTIAGO, CHILE

“Los misterios encierran la premonición de un hechizo intolerable, el aroma de algo
inefablemente bello”

R. Walser, *Jakob Von Gunten*

“Es correcto que no aceptamos como de pleno valor un 'No' del analizado, pero tampoco
otorgamos validez a su 'Sí’”

S. Freud, *Construcciones en análisis*

Indice

Resumen	4
I. Introducción	5
II. Problema de investigación	8
III. Objetivos	11
IV. Orígenes de la angustia	12
i. Sexualidad y angustia	12
ii. La angustia es ante algo	17
iii. El par angustia-terror	21
iv. Desvalimiento y relación al otro	25
V. La angustia señal	29
i. Una “revisión”: segundo tiempo en la teoría de la angustia	29
ii. Angustia y castración	31
iii. El “yo”: lugar de angustia y agente de señal	36
iv. Situación traumática y situación de peligro	40
v. La angustia como repetición y expectativa del trauma	44
VI. A modo de conclusión	50
VII. Bibliografía	53

Resumen

Esta memoria teórica se propone revisar las distintas formulaciones de la angustia en la obra freudiana y especificar su lugar en los distintos tiempos subjetivos. Se realiza un recorrido histórico distinguiendo las dos teorías de la angustia que se desprenden de los textos de Freud, discutiendo los puntos de quiebre y continuidad entre una y otra, a la vez que se caracteriza su incidencia en los tiempos primitivos de la vida psíquica y su función en los tiempos de la represión. Se subraya el estrecho lazo con la libido en la “primera teoría”, que hace de la angustia su destino más directo, y con el peligro que adquiere el rostro del desborde pulsional, del exceso y terror; y su nuevo vínculo con la represión y el trauma inaugurado con la “señal”, en la segunda teoría. Junto a ello, se discute cómo ella orienta sobre el deseo, sobre un tiempo primitivo que vuelve en la experiencia de la angustia, y también sobre las posibilidades que ella introduce en la vida psíquica, o dicho de otro modo, lo que ella posibilita. En este sentido, se sugieren algunas tentativas de investigación posterior que indaguen las configuraciones del aparato psíquico y experiencias donde la señal de angustia no tiene posibilidad de existencia.

I. Introducción

Este texto se propone realizar un recorrido histórico-conceptual de la angustia en la obra freudiana considerando que en ella pueden distinguirse claramente dos tiempos, dos formulaciones de la angustia, que coinciden con importantes reorganizaciones de la teoría psicoanalítica; y a la vez discute la temporalidad e incidencia de la angustia en los distintos tiempos subjetivos.

La experiencia de la angustia es patrimonio común de la especie humana, ubicua y universal. Atraviesa todas las estructuras psicopatológicas y la encontramos en el centro de la vida psíquica como la otra cara del deseo. Si el sueño está construido por la impulsión del deseo, fracasa cuando se encuentra con la angustia que revela, por una insuficiente desfiguración o por una penetración violenta en el preconciente, las mociones pulsionales reprimidas. En este sentido se comprende que la angustia "orienta" respecto del deseo y respecto del trabajo clínico.

La voluntad que anima esta investigación es interrogar los textos freudianos tomando a la angustia como brújula que orienta en sus distintas formulaciones sobre importantes avances en la teoría psicoanalítica, especie de testigo histórico de los desarrollos, a la vez que se va constituyendo como un pilar crucial de las reflexiones teóricas por su relación con el deseo, el peligro y trauma. Ella nos orienta históricamente sobre sus distintas formulaciones en la obra freudiana, con la clara distinción de dos teorías, dos tiempos, de la angustia; y también nos orienta, con su desencadenamiento actual, de los efectos de otra temporalidad, de la participación de un tiempo primitivo.

Cuando Freud distingue entre angustia realista, útil en la preparación frente a un peligro objetivo, y angustia neurótica, desencadenamiento automático de ella que se desarrolla como ataque de angustia, concluye que ambas están subtendidas por un peligro pulsional. Y sugiere a la vez que la angustia no sirve para nada. Primero, porque la angustia realista es susceptible de desarrollarse en ataque de angustia, y segundo, en tanto la única reacción pertinente y útil frente a un peligro es la fría

evaluación de nuestras fuerzas y el peligro para decidir qué hacer, huir, enfrentar la situación, etc., y no una reacción de angustia. Sin embargo, estas observaciones le permiten a distinguir dentro de la experiencia de la angustia un angustia preparación, señal apenas, útil en la puesta en marcha de acciones, y desarrollo de angustia, su aspecto "inútil" e irracional, podríamos decir, cuyo desarrollo va a terminar en el ataque de angustia, paralizando al sujeto, de modo que resulta totalmente desacorde a los fines de la defensa. Este inicial desglose de la angustia, entre un aspecto preparación y otro desarrollo, ataque de angustia, permiten especificar, en relación al terror que subroga la segunda dimensión, y que posteriormente será recubierta por la angustia automática, nos permiten discernir el aspecto más estructurante, funcional, de la angustia en relación al peligro y especificar también las características del peligro en los fundamentos.

En nuestro recorrido histórico de la angustia subrayamos la noción de peligro que siempre encontramos detrás de la angustia, como desborde pulsional en la "primera teoría", como terror que junto al desborde, le suma una efracción extendida de la protección antiestímulo, según el modelo de la vesícula protoplasmática, y una impreparación de los sistemas en el contexto de un modelo neuronal del aparato psíquico, y finalmente como situación traumática de desvalimiento. La investigación de la angustia culmina con la introducción del trauma en 1926, alfa y omega del peligro (Laplanche), y con la re-evaluación de la teoría de la señal: ahora la señal permite estar a la "esperar" del peligro y no ser sorprendido sin preparación. La señal de angustia permite de este modo orientarnos en la defensa frente al peligro, funcionando como especie de metabolización del peligro originario, antes terror, y luego angustia automática, trauma. Sin embargo, las neurosis traumáticas plantean el problema de una señal que no llegó a tiempo, o de un tiempo que no sirvió como señal y preparación para otro, lo que termina reubicando a la angustia en una nueva posición: la de servir al restablecimiento del principio del placer, la restitución de una mínima integridad.

La angustia automática, sugerida de diversos modos en el texto freudiano, que se manifiesta en la originaria situación de peligro, es lo característico de la situación traumática. Señala una experiencia de invasión, un desborde energético, una impotencia física y psíquica. Tiene valor de fundamento en la medida que la señal,

miniatura de angustia, siempre corre el riesgo de transformarse o evocar su emergencia automática, bajo la forma de ataque; y especialmente, en la medida que todas las posteriores mudanzas en el contenido del peligro, incluso la angustia de castración, moral y de muerte, con la complejización y desarrollo psíquico, pueden ser remitidas a esta originaria y primera manifestación de angustia. A a propósito de la angustia moral, Freud señala que todo se juega en la tensión del yo y el superyó, se teme “la ira, el castigo del superyó, la pérdida de amor de él” (Freud, 1926).

La angustia automática permite abrir un campo problemático en sí mismo, especialmente en los casos donde ninguna señal llegó a tiempo, por ejemplo, en las catástrofes y traumatismos, y la angustia se desborda, incontinente, y arrastra al sujeto a un funcionamiento más allá del principio del placer; y plantea a su vez el problema de cómo trabajar ahí donde no encontramos una señal que limite, estructure, ligue el terror. Y por otro lado, la tensión entre yo-superyó tan importante en la defensa y cuyo índice es el sentimiento de culpabilidad, introduce la interrogación, una interrogación mayor que excede las pretensiones de esta memoria, por el trabajo de sofocación de las pulsiones que comprende el acceso a lo social, al mundo de la cultura, con la participación de las instancias ideales, herederas de los padres y de los pueblos.

II. Problema de investigación

La “razón” de la angustia es psíquica, pero no es toda ella psíquica, padecimiento psíquico distribuido parejamente entre los seres humanos, también es un símbolo de afecto y una reacción frente al peligro. La investigación freudiana tiene por efecto una des-psiquización de la dimensión biológica de la angustia, a la vez que biologiza su dimensión psíquica, en una constante tensión que complejiza el campo de estudio y lo abre a los polos somáticos y fantasmáticos, al mismo tiempo que termina por situarla en el centro de ciertas consideraciones psicoanalíticas cruciales.

Uno de los avances fundamentales, desprendido a lo largo de la obra freudiana, consiste en localizar la angustia en el centro de la vida psíquica, desde su temprano lazo con la pulsión y el peligro, hasta la última formulación que vincula la señal con la situación traumática. Freud nunca dejó de insistir en el carácter problemático, complejo, multidimensional, del campo de la angustia, y el formidable texto **Inhibición, síntoma y angustia** (1926), con sus contradicciones y rectificaciones es testimonio de ello. Sin embargo, como apuntan Laplanche (1988) y Assoun (2003), el mismo texto de 1926 contiene una línea de pensamiento que aplana y reduce el campo de la angustia abierto desde 1884.

La investigación freudiana de la angustia tiene una historia y una prehistoria. El artículo **Inhibición, síntoma y angustia**, reúne los desarrollos y referencias a la angustia, más o menos dispersos en el texto freudiano, y se propone ser una verdadera reevaluación y culminación, unificando en un solo lugar la relación de la angustia con los nuevos descubrimientos (la represión en 1915, la segunda tópica psíquica en 1917, el trauma en 1920) y marcando un segundo tiempo en su teorización. Reviste de importancia capital en tanto aquí se introduce lo que se suele conocer como "segunda teoría" y que tiene por efecto desconocer y rechazar algunos de los pilares de la primera teoría de la angustia inconciliables con las nuevas ideas: el rol del yo en su producción estratégica en la defensa frente al peligro, lo que cambia su relación con la represión; y la introducción de la historia en la experiencia de la angustia, ahora señal que repite y recuerda la situación traumática originaria.

No obstante, aun cuando la pretensión de Freud sea actualizar o poner a punto la antigua teoría de la angustia, especialmente enfatizando la nueva relación con la represión contenida en la teoría de la señal, desconoce algunos pilares fundamentales de la "primera teoría" y desplaza la pregunta por lo que la angustia enseña sobre los tiempos originarios. En efecto, ahorrando la explicación económica se pierde el lazo íntimo entre pulsión y angustia que hacia de ella su destino más directo, suerte de transposición automática sin intervención yoica; por el contrario, ahora ella es adjudicada al yo que la reproduce, siguiendo una huella, una rememoración, un recuerdo de la situación traumática originaria, en la defensa contra el peligro: la señal de angustia permite suscitar el automatismo placer-displacer. La "angustia señal" -en torno a la cual se organiza la segunda teoría- inaugura una nueva relación con la represión, y aún más, en tanto rememora y reproduce una situación traumática, informa sobre otro tiempo e introduce la inquietud por el peligro en los orígenes. ¿De qué peligro se trata? La angustia mantiene un vínculo inequívoco con la expectativa de peligro, antes en la "angustia preparación" y ahora en la "angustia señal": se erige como dispositivo defensivo frente a un peligro que, como veremos, en los tiempos del síntoma es peligro de que el placer se realice, pero que está subtendido por un peligro más primitivo caracterizado por una situación económica puntual y por incorporar la figura y relación al otro entre sus condiciones de producción. En lo esencial, el peligro permite ser caracterizado por un factor económico: aflujo excesivo imposible de enseñorearse por la descarga, o en otras palabras, con Freud, la impotencia frente a una exigencia libidinal proveniente de factores traumáticos.

La angustia automática que caracteriza a la situación traumática, alfa y omega del peligro, tiene una serie de antecedentes ("desarrollo de angustia", "terror") y permite, a la inversa, especificar la dimensión de preparación inherente a la angustia contenida en la señal. Una dimensión más funcional que encuentra su justo lugar con la introducción del trauma que abre el campo de la angustia al cuadro de las neurosis traumáticas y a la investigación del peligro en los primeros tiempos de la vida psíquica. De este modo, nuestra pregunta de investigación interroga la historia en la formulación de la teoría de la angustia, cuales son las condiciones y coyunturas que les dan origen, y qué se pierde en ese trayecto, a la vez que se indaga el vínculo ineludible entre su función de preparación y el peligro-real. En otras palabras, es una pregunta

por los tiempos de la angustia en la obra freudiana y por la temporalidad en la angustia.

Con el objetivo de responder estas interrogantes se revisan críticamente los textos de Freud sometiéndolos a una discusión que da cuenta de la historización progresiva del concepto de angustia y que profundiza en sus distintos tiempos subjetivos.

III. Objetivos

Objetivo general

- ✦ Realizar una revisión histórico-conceptual de la angustia en la obra freudiana y discutir su incidencia en los distintos tiempos subjetivos.

Objetivos específicos

- ✦ Distinguir las dos teorías de la angustia que se desprenden de los textos freudianos y exponer las coyunturas conceptuales que les dan origen.
- ✦ Indagar la relación de la angustia-señal con la castración y el trauma.
- ✦ Establecer la relación entre angustia y las figuras del peligro real.
- ✦ Discutir la función preparatoria de la angustia frente al terror

IV. Orígenes de la angustia

i. Sexualidad y angustia

Las primeras indagaciones de la angustia aparecen en el contexto de la puesta a punto de un nuevo síndrome, la neurosis de angustia, que Freud intenta aislar de la neurastenia, caracterizada por una serie de síntomas y dolencias que se organizan en torno al fenómeno central de la angustia.¹ La nueva neurosis que se detalla, comprende y precisa, en su explicación etiológica y manifestación fenomenológica, la introducción de una “primera teoría” de la angustia cruzada por la interrogación de los orígenes de este afecto, es decir, en qué condiciones y circunstancias es producida.

La neurosis de angustia comparte con la neurastenia el hecho que su plasmación deriva de un agotamiento energético producto de prácticas sexuales que resultan ineficientes, insuficientes, en el trabajo de descargar la energía comprendida en la relación sexual, es decir, comparten la idea de que en su origen existe un fenómeno de éstasis y desviación. No obstante, entre las características que distinguen a la neurosis de angustia, las más importantes son un fondo de excitabilidad general, esto es, hay un exceso, acumulación; y por otro lado la constatación de una expectativa angustiada, “quantum de angustia libremente flotante” (Freud, 1895) susceptible de ser ligada de modo contingente con cualquier representación. Se puede distinguir la singularidad de la nueva entidad clasificatoria en razón de un mecanismo psíquico que actúa a la base de modo que, según Rojas (2009), no puede ser reconducida a un mero fenómeno de desviación energética y puramente somático. Antes de indagar su mecanismo específico, y con el fin de

¹ El término “angustia” es introducido tempranamente en los textos freudianos, pero solo en 1894 se le consagra un artículo donde es discutida extensamente. Un año después, en **Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia"** (1895 [1894]), artículo que vuelve a revisar los aportes del **Manuscrito E.** (1894), al describir el origen y mecanismo de la neurosis de angustia formula una de las tesis que darán forma a la primera teoría de la angustia: ésta se entiende como resultado de “la desviación de la excitación sexual somática, de lo psíquico, y en un consiguiente aprovechamiento anormal de dicha excitación” (Freud, 1895).

obtener una visión más detallada, es necesario remitirnos a lo que Freud señala sobre la etiología de la neurosis de angustia.

En el **Manuscrito E.** (1984), luego de inventariar los distintos casos en los que la angustia se presenta (vírgenes, abstinentes, prácticas de coitus interruptus), se termina por concluir que lo que finalmente unifica los diversos casos es una “acumulación de tensión sexual física” consecuencia de una descarga estancada: “La acumulación es consecuencia de una descarga estorbada; por tanto, la neurosis de angustia es una neurosis de éstasis como la histeria; de ahí la semejanza, y puesto que la angustia no está contenida dentro de lo estancado, uno expresará el hecho diciendo que la angustia ha surgido por mudanza desde la tensión sexual acumulada” (Freud, 1984). En el origen del fenómeno de la angustia se localiza una acumulación de excitación sexual somática impedida de ser descargada al lado psíquico por prácticas inadecuadas, su frustración implica que queda estancada, en éstasis, y termina en última instancia mudándose en angustia.

En el intento de unificar los distintos casos que llevan a la neurosis de angustia, desde los sujetos vírgenes hasta aquellos que practican el coitus interruptus o reservatus, Freud subraya que en todos se ellos se encuentra un factor psíquico en el origen de la angustia. Respecto a los sujetos vírgenes se constata la ausencia de un campo de representaciones psíquicas que pueda acoger la tensión sexual, existe una insuficiencia psíquica; mientras que en el coitus interruptus o reservatus, se trata “de un desvío psíquico, pues a la atención se le impone otra meta y se le ataja el procesamiento de la tensión psíquica” (Freud, 1894). En relación al paso de la tensión sexual física a lo psíquico, es necesaria una crecida de la tensión sexual física hasta el punto que requiera asociarse con representaciones (de modo que pasa a constituir un “afecto psíquico”) cuyo enlace, por distintas razones, en estos casos se muestra insuficiente. Existe un umbral donde la excitación, despertando las representaciones, exige devenir estímulo psíquico. Esto permite afirmar que junto a la acumulación de excitación sexual se localiza a su vez un factor psíquico insuficiente en la configuración de la neurosis de angustia, “es imposible llegar a la formación de un afecto sexual porque faltan para ello las condiciones psíquicas: así, la tensión física no ligada psíquicamente se muda en ... angustia” (Freud, 1895).

Esta puntualización teórica justifica que en la neurosis de angustia de un lado exista una acumulación, estasis, de excitación sexual física, y por el otro, un déficit de “afecto sexual”, “libido psíquica”. Mientras que del lado de la excitación sexual física Freud incluye diversos estímulos endógenos que tienen su origen en el cuerpo y cuya acumulación hasta el nivel de umbral exigiría una participación psíquica; por el lado del “afecto sexual”, “libido psíquica”, la libido debe ser comprendida como trabajo de psiquización de la excitación somática, como grupo de representaciones o fantasmas que circunscriben la actividad sexual (Laplanche, 1988).

El exceso de excitación somática y un defecto en la libido psíquica, o dicho de otra manera, una elaboración psíquica estorbada es lo que da pistas sobre el mecanismo específico de la neurosis de angustia. En efecto, éste debe buscarse, más allá de las prácticas sexuales ineficientes o la acumulación excesiva, en el divorcio, “clivaje” (Laplanche, 1988), enajenación de la excitación somática de lo psíquico.

La tensión de la excitación sexual requiere en su alivio ser descargada por ciertas vías específicas. En la neurosis de angustia éstas son omitidas, por lo que la tensión imposibilitada de descarga, se muda en angustia. En el artículo **Sobre la justificación de separar la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia"** (1895) se señala que el patrón fisiológico normal de la actividad sexual que lleva al orgasmo es el mismo que el que sigue la angustia (sudoración, aceleración cardíaca, cambios en el ritmo de respiración, etc.), no obstante, la diferencia crucial es que en ella se manifiesta fisiológicamente sin participación psíquica, desbastando el placer de la experiencia corporal, producto de la enajenación entre las reacciones somáticas y su experiencia psíquica. La derivación bajo la forma de angustia comprende en su núcleo un clivaje entre la excitación somática y libido, imposibilidad de que la excitación encuentre un correlato psíquico o posibilidad de elaboración.

En investigación de las neurosis de angustia, en su indagación etiológica y en la búsqueda del mecanismo psíquico, se va perfilando una primera teoría de la angustia cuyo nexos con la sexualidad y acumulación somática fue expuesto anteriormente. Sin embargo, queda por explicar a qué responde el fenómeno de la angustia, porqué en lugar de excitación estancada encontramos angustia.

¿Porqué en cierta ocasiones la excitación somática, imposible de ser elaborada psíquicamente, se muda en angustia? En su respuesta, Freud parece oscilar entre una explicación que aproxima el proceso de mudanza a una transformación de sustancias químicas, cercana a una fisiología de la autointoxicación (Freud, 1933) y otra explicación que comprende la insuficiencia de la capacidad del aparato en tramitar un peligro: el de la excitación somática sin representaciones ni acciones que especifiquen como reaccionar ante esta experiencia. Se cae en la experiencia de la angustia por la imposibilidad de tramitar el peligro, que en la neurosis de angustia es endógeno y en la experiencia de angustia exógeno: “la psique cae en el afecto de angustia cuando se siente incapaz de tramitar mediante la acción correspondiente una tarea, un peligro que se avecina desde afuera, cae en la neurosis de angustia cuando se siente incapaz para equilibrar la excitación sexual endógenamente generada” (Freud, 1895).

Lo que aproxima aquí a la angustia y la neurosis de angustia es la especificación de un peligro, externo en la primera e interno en la segunda. Respecto del peligro, Laplanche (1988) no deja de subrayar, como aporte fundamental de ésta primera teoría de la angustia, el vínculo entre la angustia y libido que se presenta con la figura de una invasión excesiva que el sujeto no puede acoger, donde el aparato queda librado al ataque interno de lo que posteriormente será la pulsión, indefenso ante el peligro que se anuncia como crecida “sin sostén” de la libido.

La angustia revela su vínculo con la sexualidad una vez que su origen se remonta a la excitación somática estorbada y estancada por prácticas sexuales inadecuadas que no encuentran participación psíquica. Esta “primera teoría” se organiza en torno a la operación económica que deriva en angustia la libido producto del clivaje entre excitación somática y su acogida psíquica. La sexualidad en conflicto, en el fenómeno de la angustia, debe ser comprendida en el sentido “actual” (de las prácticas inadecuadas), más cercana al cuerpo y no en el sentido que más adelante adquirirá en la obra freudiana como “psicosexualidad”. La angustia en esta “primera teoría” no es remitida a experiencias históricas pasadas o a una angustia más antigua sino que más bien no rememora nada y tiene su origen en una transformación económica actual y puntual. Mantiene su autonomía respecto del síntoma en tanto es uno más de los destinos de la represión: la que se hace cargo del afecto, o más bien,

la que desorganiza completamente el afecto de modo que no es posible señalar, como contrapartida a la transformación afecto-angustia, una que vaya de la angustia al afecto. En 1897, Freud se pregunta por los destinos y resultados de la represión y se responde, “algo que libremente puede llevar a la angustia, pero que en ligadura psíquica produce el rechazo, es decir, la base afectiva de una multitud de procesos intelectuales del desarrollo, como la moral, el pudor y otros semejantes” (Freud, 1897), en este sentido la angustia es señalada como desligazón del afecto en la medida que a la inversa su ligadura proporcionaría la “base afectiva” para una serie de “procesos intelectuales”. La angustia como derivación y fuga de libido, como desorganización del afecto, son todas operaciones que dibujan un perfil distintivo, económico, de esta “primera teoría”.

En este primer tiempo en la investigación de la angustia, los síntomas no muestran una participación decisiva de ella en lo que respecta a su mecanismo de formación. Siempre la encontramos fijada a estas formaciones del inconsciente de manera secundaria, armando alianza una vez que el síntoma permite ligar la angustia, especie de afecto desorganizado, afecto básico y elemental, cercano a la pura excitación que se descarga de manera anárquica y no específica (Freud, 1892). En este sentido puede hablarse de distintos niveles de elaboración, donde se encuentra desde un nivel más primitivo de ligazón de la angustia a reacciones somáticas, hasta su complejización en representaciones, llegando al síntoma como cadena organizada de representaciones. Si bien el síntoma en esta primera teoría de la angustia -que debe ser puesto en relación a la primera nosografía freudiana- se distingue importantemente de lo que será más adelante, con los trabajos sobre la metapsicología y la “segunda teoría” donde se estrecha la relación con los caminos que llevan a la formación de síntomas; siempre mantiene una relación con la angustia que permite localizarla, enmarcarla, estructurarla (por ejemplo, en los rituales obsesivos o en el objeto fóbico) a la vez que dispensa, en el sufrimiento del síntoma, del sabor muchísimo más amargo de la angustia.

En las neurosis actuales no se pesquiza un conflicto propiamente psíquico, sino más bien como lo desarrollamos anteriormente, una suerte de clivaje actual -prácticas sexuales estragadas- que provocan una derivación automática de la energía sexual en angustia. El conflicto no tiene participación al interior del mecanismo que está en el

origen de la angustia, y los síntomas tienen una catadura vaga, somática y de poco valor simbólico, con mucha mayor participación del cuerpo. En tanto el conflicto sí juega un papel relevante en la plasmación de la psiconeurosis. Los estorbos en la descarga, las prácticas sexuales actuales, solo tienen valor en función de las experiencias pasadas, la realidad solo tiene relevancia en relación al eco simbólico, a sus “resonancias históricas” (Laplanche, 1988). El síntoma como resultado de un conflicto psíquico muestra en su plasmación una elección particular de ciertas representaciones y mayor participación simbólica. Más adelante, con los textos metapsicológicos, (1915a, 1915b, 1920, 1923) que inauguran una tópica que hace posible hablar plenamente de “conflicto psíquico” entre distintos lugares, el síntoma será comprendido como “formación de compromiso” entre las mociones pulsionales y los esfuerzos de un yo que empieza a funcionar como lugar y encargado de la producción de angustia en la defensa frente al peligro. Aquí la angustia guardará una relación mucho más estrecha con el yo en relación a los caminos que llevan a las formaciones sintomáticas. El síntoma como formación de compromiso revelará una modalidad singular de reunión entre angustia y representación. Y aún más, Freud concluye, a partir del análisis de las fobias infantiles (1909), que la angustia no solo encuentra una forma de ligadura en el síntoma, sino que comprende una modificación cualitativa, es decir, termina por encontrar nuevamente en su origen el mecanismo de la “primera teoría” que transforma la libido en angustia.

ii. La angustia es siempre ante algo

En 1917 se produce un viraje en la tematización de la angustia que coincide con un cambio en la indagación que Freud venía realizando a propósito de las neurosis de angustia. La pregunta por el origen -bajo qué circunstancias aparece la angustia- se desplaza hacia indagación de ella en su relación al peligro. En la angustia se encuentra algo más que la “resultante” de una operación económica, ahora más bien cumple en relación al peligro una función preparatoria y, en un sentido dinámico, en

tanto corresponde a un afecto, se puntualiza que repite una experiencia inscrita en la historia del sujeto y de la especie.²

Freud apunta que la angustia acontece siempre como reacción ante algo. No obstante, en sus pacientes neuróticos no observa ningún peligro en el origen de la angustia, encuentra más bien que ésta surge como producto de un proceso económico de transmutación. Entonces, ¿Cómo conciliar la angustia disparada como reacción frente a un peligro y otra resultado de una transmutación económica? Desde un principio se rechaza la idea que se trate de dos tipos de angustia diversas y se intenta actualizar o conciliar la conceptualización económica de la angustia con la constatación de la importancia del peligro entre sus condiciones de producción.

En este texto se distingue entre una angustia realista y otra neurótica conforme a la existencia o no de un peligro real. La angustia realista se presenta como algo "racional y comprensible" pues es una reacción adecuada frente a la percepción de un peligro externo, de un daño que se espera y prevé en la realidad, y se acompaña de acciones de huida o defensa; mientras que en la angustia neurótica algunas veces no se observa ningún peligro externo, o bien cuando existe la sugerencia de un peligro, la reacción de angustia en su magnitud resulta desproporcional e inadecuada frente a él. Freud agrega que la situación en que se presenta la angustia depende de nuestro estado de saber y poder puntual respecto al peligro, "las oportunidades en que se presenta la angustia (...) dependerán en buena parte, como es natural, del estado de nuestro saber y nuestro sentimiento de poder respecto del mundo exterior" (Freud, 1917). ¿Cómo comprender la desproporción en la reacción de angustia frente a peligros insignificantes que observa en algunos pacientes, donde el saber y el

² El artículo **25va Conferencia: La angustia** (1917) compila una serie de desarrollos e intuiciones en torno a la angustia fundamentales, que más adelante en los textos de Freud adquirirán complejidad y peso. Se considera a la angustia como estado afectivo (ensemble, complejo) que reúne descargas, sensaciones perceptivas e inervaciones motoras, se menciona por primera vez, con la distinción entre apronte (mezcla de acción y angustia) y desarrollo de angustia, la dimensión de preparación de ésta en relación a la percepción del peligro, y también por primera vez se comprende al nacimiento como modelo y origen del afecto de angustia. Se insiste en la relación entre retención sexual y angustia: es el resultado de libido acumulada transformada por un proceso somático, "en todos los casos es desviación de su aplicación normal", y en relación al proceso represivo, "la descarga en forma de angustia es el destino más inmediato de libido afectada por represión" (Freud, 1917).

sentimiento de poder respecto al peligro no facultarían el desencadenamiento de angustia (p.e. miedo desproporcional a los ratones)?

Freud termina señalando que la tesis que considera a la angustia realista como racional y adecuada debe ser revisada, pues la única conducta racional frente a la percepción de un peligro es la fría evaluación de nuestras fuerzas y su cotejo con la magnitud del peligro, para una vez hecho el juicio decidirse por la huida, defensa o lo que contenga la promesa de un desenlace favorable, "pero en una situación así no hay lugar alguno para la angustia; todo cuanto acontece se consumaría igualmente bien, e incluso mejor, probablemente, si no se llegase al desarrollo de angustia (...) estamos tentados de afirmar, por tanto, que el desarrollo de angustia nunca es adecuado" (Freud, 1917).

Llegado a este punto se plantea una interrogante: "¿Puede la angustia neurótica, en la cual el peligro no desempeña papel alguno o lo tiene muy ínfimo, vincularse con la angustia realista, que es, en todo, una reacción frente al peligro?" (Freud, 1917). Formulando la pregunta por el nexo que las vincula se abre la sospecha de que se trata de la misma angustia en ambos casos. Con esta sospecha pasa revisión a sus desarrollos sobre la neurosis de angustia, la histeria de angustia y los rituales obsesivos, señalando que la angustia, que es siempre angustia frente a algo, en todos los casos revisados es la resultante de una transmudación de libido que no encuentra punto de aplicación. Lo que enseña la angustia en los niños es precisamente la indistinción entre angustia realista y neurótica, pues manipulan fríamente objetos cortopunzantes y guardan tranquilidad en situaciones de riesgo vital, los extraños resultan familiares, y cuando se atemorizan frente a un rostro extraño es sólo porque en él espera ver a la persona amada, la madre, "son su desengaño y añoranza las que se trasponen en angustia" (Idem) por el mecanismo que transforma la libido inaplicable (por ausencia de la madre) en angustia. Así, en los niños pequeños, lo que parece actuar como angustia realista comparte con la angustia neurótica el hecho de provenir de libido que no encuentra punto de aplicación.

Finalmente, luego de pasar revisión al origen somático y psíquico de la angustia y atendiendo a lo que enseña el estudio de la angustia en los niños, Freud termina por señalar el vínculo entre angustia neurótica y realista en la relación de oposición que

encuentra el yo y la libido. En los casos de angustia neurótica, el yo trata a las exigencias de la libido como si representaran un peligro externo, "trata a este peligro interno como si fuera externo", emprendiendo idéntico intento de huida que ejecuta el yo frente a un peligro externo. La angustia testimonia el temor del yo frente a su libido. Con la introducción de la libido como peligro interno se cumple la condición de que el desarrollo de angustia sea la reacción del yo frente al peligro y señal de huida que alerta de la amenaza en ciernes.

Destacando la presencia de un factor subjetivo, neurótico, aun en la aparente angustia realista, se termina por abolir la distinción entre angustia realista y neurótica. Esto tiene efectos en la tematización del peligro real. Este debe ser localizado en las exigencias que la libido representa para el aparato psíquico. Toda angustia realista está circunscrita por una angustia neurótica, más adelante agregará, "hay casos que presentan contaminados los caracteres de la angustia realista y de la neurótica. El peligro es notorio y real, pero la angustia ante él es desmedida (...) en este plus se delata el elemento neurótico. El análisis muestra que al peligro realista notorio se anuda un peligro pulsional no discernido" (Freud, 1926).

Debe entenderse "real" no como un adjetivo que califica un tipo de angustia, sino más bien como sustantivo (Laplanche & Pontalis, 1996); real que motiva la reacción de angustia. No se trata de la realidad misma, más bien se apunta a ciertas "situaciones de realidad" que comparten el rasgo de una indefensión -recordemos la impreparación psíquica de las representaciones para acoger las excitaciones- frente a las exigencias que impone el exceso de libido.

En este sentido, el peligro "real" que representa el objeto no debe tomarse como tal. Dicho de otro modo, hay un peligro más real que el mencionado, el peligro mentado en la situación amenazante no es realmente el peligro mentado. Esta conclusión es una enseñanza proporcionada por el estudio de las fobias donde se revela que el miedo irracional al objeto fóbico está motivado por representaciones reprimidas que delatan de este modo un peligro más originario: el peligro pulsional o libidinal que finalmente va en el sentido de las neurosis actuales, es decir, con Freud, podemos decir, es el temor del yo ante la arremetida de la pulsión.

La situación de peligro que envuelve el objeto fóbico solo resulta amenazante en la medida que está motivada por el peligro pulsional, condición y preparación ante el peligro “objetivo” que solo resulta significativo por así decir en la medida que está subtendido por un peligro más real. ¿Más real? Queda por discutir de qué se trata ese peligro “que mete miedo en las entrañas” y sus distintas condiciones de emergencia.

iii. El par angustia-terror

La angustia revela claramente su dimensión de preparación e intencionalidad frente al peligro cuando se la pone en relación a la noción de terror desarrollada en **Más allá del principio del placer** (1920). Este texto contiene la clásica fórmula que define a la angustia como reacción ante un peligro sin objeto (a diferencia del miedo que precisa una definición de objeto) y al terror como la vivencia que sobreviene sorpresivamente cuando se enfrenta un peligro sin el apronte angustiado, sin la angustia que hubiese protegido del peligro. El “terror” permite especificar la dimensión más “funcional” o “estructurante” de la angustia y a la vez iluminar el peligro real de los tiempos originarios.

Para explicar la experiencia del dolor, Freud recurre a las ideas desarrolladas en el **Proyecto de una psicología para neurólogos**, escrito en 1895, donde considera que la posibilidad de dominar y tramitar la energía, es decir, la capacidad de ligazón, recae en un sistema fuertemente catectizado. Esta vertiente es retomada en 1920 donde el terror es presentado, en la relación existente entre cantidades energéticas que ingresan y la capacidad de ligazón del sistema, como una efracción extendida de la protección antiestímulo que deja al organismo indefenso y también sin-preparación frente a las estímulos hipertróficos del exterior. Laplanche (1988) propone caracterizar el terror como una articulación entre el desbordamiento energético (que recuerda a la hipertrofia libidinal de los primeros textos freudianos) y la impreparación del aparato psíquico que cristaliza finalmente en una incapacidad para metabolizar los estímulos, como falla de ligazón y liquidación.

El modelo de aparato psíquico que considera circulaciones, facilitaciones e inhibiciones de energía en un sistema neuronal, desarrollado en el Proyecto..., será

retomado en 1920 con la vesícula protoplasmática como modelo tópico del funcionamiento psíquico; el aparato psíquico se concibe, en este tiempo, como un conjunto de sistemas encargados del procesamiento psíquico con diversas funciones. El sistema de la conciencia, que brinda percepciones de excitaciones del mundo exterior y sensaciones de placer-displacer del interior, se localiza en la frontera de lo exterior e interior y para cumplir su función debe “estar vuelto hacia el mundo exterior y envolver a los otros sistemas psíquicos” (Freud, 1920). Esta singular localización psíquica, ubicada en el choque directo con el mundo exterior, permite que el proceso de excitación no deje en su paso una alteración permanente en el sistema percepción-conciencia agotándose de este modo en el fenómeno del devenir-conciente. Esta ubicación límite que recubre los sistemas interiores y que encuentra directamente la realidad exige que la excitación no imprima ninguna alteración permanente a sus elementos, cumpliendo un libre pasaje entre sistemas: “en su avance de un elemento al otro la excitación tiene que vencer una resistencia, y justamente la reducción de esta crea la huella permanente de la excitación (facilitación); podría pensarse entonces que en el sistema CC ya no subsiste ninguna resistencia de pasaje de esa índole entre un elemento y otro (...) los elementos del sistema CC no conducirían entonces ninguna energía ligada, sino solo una energía susceptible de descarga” (Freud, 1920).

El organismo vivo de los primeros tiempos es representado como una vesícula de sustancia estimulable, con una superficie volcada hacia el mundo exterior y funcionando como órgano receptor de estímulos. Esta partícula de sustancia viva, que flota en un mundo exterior cargado de intensas energías, sería destruida sin la provisión de una protección antiestímulo que la proteja de la acción de los potentes estímulos que provienen del mundo exterior, de este modo, en los organismos superiores, “hace ya tiempo que el estrato cortical receptor de estímulos de la antigua vesícula se internó en lo profundo del cuerpo, pero partes de él se dejaron atrás, en la superficie, inmediatamente debajo de la protección general antiestímulo” (Freud, 1920). La superficie más externa opera como un “colador energético” o membrana especial que disminuye los estímulos energéticos: las energías del mundo exterior se propagan en mucha menor intensidad, con una fracción del total, hacia los estratos contiguos que, protegidos por la protección antiestímulo, se dedican a recibir los estímulos filtrados. Antes de recibir los estímulos se debe cumplir con la tarea de protegerse de éstos, “para el organismo vivo, la tarea de protegerse contra los

estímulos es casi más importante que la de recibirlos: está dotado de una reserva energética propia, y en su interior se despliegan formas particulares de transformación de energía: el afán es preservarlas del influjo nivelador y destructivo de energías hipergrandes” (Idem).

La vesícula tiene por función mantener los volúmenes de energía interna a un nivel constante, suerte de preservación energética que permite que los procesos del interior de la vesícula puedan tener posibilidad de existencia, manteniendo el medio interno protegido del influjo intenso y anárquico del medio exterior. La protección antiestímulo, concebida como membrana inorgánica que transmite los estímulos fraccionados en su intensidad, ejecuta esta tarea siempre y cuando se cuente un sistema fuertemente catectizado, “cuanto más alta sea su energía aquiescente propia tanto mayor será también su fuerza ligadora; y a la inversa, cuanto más baja tanto menos capacitado estará el sistema para recibir energía afluyente” (Idem).

Las excitaciones tienen eficacia traumática cuando por su magnitud adquieren tal fuerza que perforan la protección antiestímulo, dando paso a un aflujo desorganizador de energía que inunda al aparato psíquico, un desborde energético que plantea, antes de su tramitación, una tarea básica de ligazón. Si bien el énfasis es puesto en la magnitud excesiva del estímulo, lo fundamental recae en la diferencia entre sistemas psíquicos preparados y no preparados para dominar el estímulo. La eficacia traumática debe ser planteada en relación a la diferencia entre magnitud de excitación entre el medio interno y externo y también en una fuerte o débil catectización y ligazón del sistema.

A propósito de las neurosis traumáticas, se señala que la anterior concepción que atribuía valor etiológico a eventos violentos o catastróficos (teoría del choque) no es inconciliable con otra que subraya el terror, pues el efecto traumático de un evento o acontecimiento se mide por la ruptura de la protección antiestímulo y la impreparación del sistema que enfrenta el estímulo sin el apronte angustiado, suscitando de este modo la vivencia del terror.

Freud especifica que el choque no es suficiente para producir una neurosis traumáticas, en tanto la herida física contrarresta su aparición al producir una

reorganización libidinal al interior del organismo, una concentración puntual de libido en el punto de intrusión: “la herida física simultáneamente ligaría el exceso de excitación al reclamar una sobreinvertidura narcisista del órgano doliente” (Idem). El mismo fenómeno se observa en la experiencia del dolor donde a una efracción, con la consiguiente desproporción de energía entre el medio interno y externo, le sigue una movilización del organismo que opone igual cantidad energética para no verse sobrepasado por esta invasión. Se constata un esfuerzo de contrainvertidura que produce una ligadura de la energía libre al estado quiescente. Sin embargo, mientras la conmoción física y la experiencia del dolor implican una ruptura puntual de la protección antiestímulo que moviliza al aparato en un esfuerzo de contrainvertidura para ligar el influjo anárquico de energía, un evento tiene acción traumática cuando la perforación es extendida, provocando una inmensa perturbación en la economía interna del organismo. Si bien el traumatismo implica una amplia efracción de la protección antiestímulo que inunda al organismo de energía no-ligada, ésta efracción solo fue posibilitada por una impreparación: el sistema fue sorprendido por el ataque.

En la teorización del trauma se introduce, como hemos dado cuenta anteriormente, la concepción que atribuye valor etiológico al terror “...buscamos comprender su efecto por la ruptura de la protección antiestímulo del órgano anímico y las tareas que ello plantea. Pero también el terror conserva para nosotros su valor. Tiene por condición la falta del apronte angustiado; este último conlleva la sobreinvertidura de los sistemas que reciben primero el estímulo” (Idem).

La vivencia del terror traduce el estado económico del aparato cuando es desbordado de modo imprevisto y sin posibilidad de ligar la invasión. En tanto la angustia es, con la sobreinvertidura de los sistemas encargados de recibir los estímulos, preparación y movilización para enfrentar el choque de energía (Laplanche, 1988). La aparición del terror nos orienta en lo que sucede en el aparato cuando la operación de ligazón está a punto de desmoronarse, a la vez que precisa su vínculo con la angustia: ésta, por su juego energético se constituye en una especie de protección antiestímulo flexible y última fila de protección contra el terror, “el apronte angustiado, con su sobreinvertidura de los sistemas recipientes, constituye la última trinchera de la protección antiestímulo” (Freud, 1920).

La angustia marca un límite contra el terror. Más allá de ese punto, cuando el límite es traspasado y la experiencia de la angustia no es posible, comienza el terror. Assoun (2003) señala que más allá del campo de la angustia comienza el reino de lo económico puro, del pánico y desconcierto.

iv. Desvalimiento y relación al otro

La estructura que sostiene la vida en los inicios comprende el desvalimiento ante la pulsión y la relación al otro como figura auxiliar para la sobrevivencia (Cabrera, 2010). En los tiempos originarios, el ser humano se encuentra en un estado de desvalimiento radical: la impotencia biológica y psíquica es un dato objetivo. El niño no puede satisfacer por sí mismo las necesidades tanto físicas como psíquicas que lo invaden desde los inicios de la vida, lo que dibuja un punto donde se precisa de la necesaria intervención del otro.

El desvalimiento {Hilflosigkeit}, o el estado de desamparo como propone llamarlo Laplanche, pues comprende una serie o estado de cosas, está en el origen de algunas consideraciones fundamentales de la teoría freudiana: con él se comprende la relevancia de la primera vivencia de satisfacción y la omnipotencia que adquiere la figura de la madre y, en lo que respecta a la teoría de la angustia, se convertirá luego en el prototipo de toda situación traumática. Los tiempos originarios de la vida están marcados por el inicial desvalimiento del ser humano y de la necesaria relación a la figura del otro en la estructuración psíquica.

En la economía psíquica, el desvalimiento se traduce en la incapacidad de emprender una acción específica y eficaz por sí mismo que ponga fin al aumento de la tensión interna: impotencia en la ejecución de una acción específica, motorische Hilflosigkeit, que pondría fin a la tensión de la necesidad, psychische Hilflosigkeit. Para comprender el desvalimiento originario y sus efectos en la estructuración psíquica es necesario introducir el modelo de aparato psíquico-neurónico y su funcionamiento, desarrollado en el **Proyecto de una psicología para neurólogos** (1950)

Freud se propone en este texto dar forma a una teoría del funcionamiento psíquico que comprenda el enfoque cuantitativo y que dé cuenta de la economía y energética neuronal. En la comprensión del funcionamiento psíquico desarrolla un modelo del aparato neuronal compuesto por tres tipos de neuronas (pasaderas, impasaderas y de percepción) donde la función de procesamiento de cantidades energéticas -en el marco del principio de inercia- tiene importancia capital. Las neuronas tienen como función primaria la descarga para mantenerse exentas de energía, cancelando su recepción mediante libramiento, especie de descarga automática. Señala Freud, "ahora es inteligible el movimiento reflejo como forma fija de este libramiento. El principio de inercia proporciona el motivo para el movimiento reflejo" (Freud, 1950), movimiento que implica la transmisión de un punto a otro: la energía de las neuronas se libera, en la conexión con la musculatura, hacia el polo motor, buscando el punto energético cero que impone el principio de inercia.

El llenado energético de las neuronas tiene por efecto "un afán de descarga, un esfuerzo que se aligera hacia el camino motor. De acuerdo con la experiencia, la vía que a raíz de ello primero se recorre es la que lleva a la alteración interior (expresión de las emociones, berreo, inervación vascular)" (Freud, 1950, pág. 362). Sin embargo, la emergencia de estímulos endógenos fracturan la posibilidad de descarga completa por la vía motriz como obligaba el principio de inercia. En efecto, existe cierto tipo de estímulos que se oponen desde un comienzo al principio de inercia, donde éste "es quebrantado desde el comienzo por otra constelación. Con la complejidad de lo interno, el sistema de neuronas recibe estímulos desde el elemento corporal mismo, estímulos endógenos que de igual modo deben ser descargados" (Idem). Ninguna descarga de estos estímulos tiene por resultado el sosiego definitivo, pues la recepción de los estímulos endógenos continúa, restableciendo la tensión. El aparato de neuronas puede sustraerse de la influencia de estímulos exteriores pero no de los que nacen del interior, éstos, "sólo cesan bajo precisas condiciones que tienen que realizarse en el mundo exterior". Para consumir la descarga y aliviarse del desprendimiento interno de energía se requiere de una alteración del mundo exterior que "como acción específica solo se puede producir por caminos definidos" (Idem).

Desde un comienzo, con la emergencia de los estímulos endógenos, el principio de inercia es perturbado. Freud señala entre estos estímulos las necesidades del

hambre y la sexualidad, caracterizados por un empuje interno y constante, indicios de lo que más adelante será la pulsión; y es aun más claro: el ser humano está puesto inicialmente en las condiciones y estimulaciones que el "apremio de vida" exige. ¿De qué modo se resuelve la tensión interna? En la medida que el ser humano es al comienzo incapaz de realizar la acción específica por sí mismo, "esta sobreviene mediante auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño" (Idem).

Entre las formas de tramitar la energía Freud distingue un modo involuntario y de reacciones inespecíficas (berreo, grito, llanto, etc.) y otra específica que tiene un efecto duradero. Una vez que el otro auxiliador realiza el trabajo de la acción específica en el mundo exterior, el ser humano desvalido consuma la operación en su interior que pone fin a la estimulación. El todo que cancela la estimulación constituye "una vivencia de satisfacción, que tiene las mas hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones en el individuo" (Idem, pág. 363)

Bleichmar (1984) subraya, con Freud, que "el todo constituye la vivencia de satisfacción". La acción específica conjuga tanto la intervención externa como los actos reflejos involuntarios del cuerpo que dan por resultado el sosiego de la estimulación. En el todo de la vivencia de la satisfacción participa la figura del otro auxiliador, por lo que no hay que olvidar la necesaria relación al otro en los orígenes y sus efectos en la complejización psíquica.

No obstante, el encuentro con el otro, que termina con la tensión endógena y que cristaliza en la vivencia de satisfacción, tiene por efecto la producción de un remanente excitatorio imposible de ser evacuado. Los caricias y cuidados maternos que calman la necesidad tienen a la vez el efecto de sexualizar las zonas de contacto, el niño al buscar lo nutricional se encuentra con lo sexual. Según Bleichmar, con la intervención del conmutador materno, el encuentro con el objeto sexual inunda de energía al aparato provocando un traumatismo en el sentido amplio: efracciona el orden somático con líneas de lo sexual, y el niño es sometido a una intrusión tanto económica como representacional. Aquí se localiza el origen de la pulsión y de la

transformación de la energía somática en psíquica.³ El advenimiento de lo sexual es precisamente este plus imposible de ser evacuado siguiendo las vías de lo conservativo.

De este modo, este plus sexual es creado por la violencia que sobre el sujeto ejercen los cuidados maternos. Según Laplanche, ésta violencia interna-externa (pues viene de los padres para atacar desde el interior) es fuente de angustia en tanto surge de una excitación sexual que el primitivo aparato psíquico no puede dominar mediante la comprensión que se muestra insuficiente.

3 ¿De donde proviene la excitación? Bleichmar señala, apoyada en los desarrollos de Laplanche, que el primitivo aparato psíquico es alterado por la "impulsión" del semejante, que al manipular al bebe inscribe e implanta restos desgajados de su sexualidad. Así, queda librado a estas inscripciones ahora atacantes-internas. El todo de la vivencia de satisfacción comprende que no solo se inscribe la disminución de la tensión de la necesidad, sino también aquella experiencia en la cual el objeto ofrecido en la relación a otro humano es inscrito.

V. La angustia señal

i. Una “revisión”: segundo tiempo en la teoría de la angustia

El **texto Inhibición, síntoma y angustia** (1926) se propone reunir en un solo lugar las ideas que Freud venía desarrollando en torno a la angustia dispersas en diversos escritos, relacionándola con las nuevas tesis desprendidas de los textos metapsicológicos, y aun más, se advierte en este artículo la pretensión de ser una “revisión” a fondo de la angustia. Revisión que tiene por efecto desconocer la “primera teoría” marcando un segundo tiempo en su teorización. Ahora será puesta en relación a la represión (a partir de lo que enseñan las fobias) y al yo, su almacigo y lugar, suerte de reproductor de una señal de angustia frente al peligro de la pulsión; y por el otro lado, también se constatará la búsqueda de una causa real en el origen de la angustia, un elusivo ascendiente que Freud encuentra en la situación de peligro originario. En este sentido, “la segunda teoría” es un segundo tiempo en la teorización que no obstante también introduce la inquietud, en la investigación de la angustia, por un tiempo primitivo.

En la **Addenda B** (Angustia por transmutación de libido) se exponen las razones por las que Freud se ve obligado a abandonar la “primera teoría”: “La concepción de la angustia sustentada en este ensayo se distancia un poco de la que me parecía justificada hasta ahora. Antes yo consideraba la angustia como una reacción general del yo bajo las condiciones del displacer, en cada caso procuraba dar razón de su emergencia en términos económicos y, apoyado en la indagación de las neurosis actuales, suponía que una libido (excitación) desautorizada por el yo o no aplicada hallaba una descarga directa en forma de angustia (...) el veto a esta concepción partió de la tendencia a hacer del yo el único almacigo de la angustia (...) Para la concepción anterior era natural considerar a la libido de la moción pulsional reprimida como la fuente de la angustia: de acuerdo con la nueva, en cambio, más bien debía de ser el yo el responsable de esa angustia”, (Freud, 1926). Junto al desconocimiento de los aportes de la primera teoría de la angustia constatamos los efectos de esta operación:

“en la nueva concepción se aflojó también el nexo íntimo entre angustia y libido”. Si en un primer momento, la libido “no autorizada por el yo” se derivaba bajo la forma de angustia, ahora el yo –almácigo– es responsable de su reproducción bajo ciertas condiciones. Subordinar la angustia-señal a una operación estratégica del yo tiene el efecto de desconocer una de las tesis fundamentales de la primera teoría: la que ligaba angustia y libido. Laplanche (1988) apunta que se pierde la originalidad que relaciona la angustia con la pulsión y el deseo, en tanto no estrechaba la relación con los objetos de miedo, sino que se comprendía como fenómeno originario y somático, resultado de la invasión de cierto límite por energía libre y desorganizada. De este modo, la angustia en la primera concepción, entendida como fenómeno originario, lograba escapar del determinismo y de las contingencias de la historia individual, lo que Laplanche nombra como un “hiato” en la historia. La angustia no se comprendía como derivación de otra angustia más originaria, sino simplemente, se constataba un punto donde “eso sucedía”.

Si antes la angustia guardaba una relación íntima con la pulsión, ahora con el desarrollo de la segunda tópica psíquica y el descubrimiento del Edipo llevado a cabo entre el caso Hans y el Hombre de los lobos, la angustia pasa a ubicarse del lado del yo en una relación de oposición con la pulsión. Esta operación implica retomar de otro modo la relación de la angustia con la represión ahora tomando en consideración los efectos del Edipo y la castración. Freud encuentra que en la represión se necesita de algo que haga de motor, que motorice la operación de represión, y esto lo encuentra en la angustia de castración, concluyendo de esta manera que la angustia no puede ser ya efecto de la represión, en tanto destino de la transmutación del afecto librado como lo pensaba en un primer tiempo, sino que ahora adviene causa, está en el origen de la operación represiva.

La pregunta por la historia de la angustia, y en esto consiste la búsqueda de su fundamento que Freud encuentra en el trauma, abre nuevas perspectivas en la investigación. El trauma, y la idea del yo como almacén y lugar de angustia, son los pilares en torno a los cuales se organizará la “segunda teoría”. La angustia, que se pesquisa como una clara y distintiva experiencia somática, se debe entender como algo más que un fenómeno que se experimenta en el cuerpo, ella tiene ahora, con el trauma, un fundamento histórico. Mientras que los trabajos de Rank le sugieren a

Freud que hay algo detrás de la angustia, en tanto se comprende como “consecuencia del proceso del nacimiento y una repetición de la situación por cuya vivencia se atravesó entonces obligó a reexaminar el problema de la angustia” (Freud, 1926), la introducción de un factor, la situación de peligro a la base de la angustia, obligó a considerar otros puntos de vista: “el nacimiento pasó a ser el arquetipo de todas las situaciones posteriores de peligro, planteadas bajo las nuevas condiciones del cambio en la forma de existencia y progreso en el desarrollo psíquico (...) la angustia sentida a raíz del nacimiento pasó a ser el arquetipo de un afecto de angustia que debía compartir los destinos de otros afectos. O se reproducía en situaciones análogas a las originarias (...) o el yo adquiriría poder sobre este afecto y el mismo lo reproducía, se servía de él como alerta frente al peligro (...) el yo se representa por así decir vívidamente la situación de peligro, con la inequívoca tendencia de limitar ese vivenciar penoso a una indicación, una señal” (Freud, 1926).

En la búsqueda del primer ascendiente, de la “causa real” o del peligro en el origen, Freud localiza la situación traumática de desvalimiento. La angustia, que fue la primera reacción en aquel tiempo primitivo, se organizará posteriormente como repetición amenguada o atemperada del trauma, lo que permite no sucumbir al peligro cuyo rostro recuerda el exceso y terror. Es sorprendente como Freud subraya, frente a la concepción común y corriente que sugiere que nos defendemos ante un peligro que tiene posibilidad futura de suceder, que por el contrario el peligro ya sucedió, y que el verdadero misterio o terror no es la muerte sino el nacimiento.

ii. Angustia y castración

Freud retoma la investigación de las fobias infantiles a partir de la revisión del caso Hans y El hombre de los lobos, entre los cuales se llevó a cabo el descubrimiento del complejo de Edipo, para realizar una lectura que las ponga a punto con los aportes que introdujo la reorganización tópica planteada en **El Yo y el Ello** (1923) y también en relación a los peligros que motivan la represión. En 1926 concluye que aun cuando los distintos casos de fobia revisados tienen diversas plasmaciones edípicas y distintas estructuras pulsionales, en ambos casos constata que en la constitución fóbica el

deseo se estrella contra la angustia de castración que funciona “motorizando” la represión del complejo de Edipo.

Se concluye que la angustia frente a la castración (con la amenaza de castración) es el motor que lleva a la declinación del complejo de Edipo. Con ello, la angustia queda soldada a la castración y desligada del lazo íntimo con la pulsión que comprendía en la “primera teoría”. No puede ser causa y efecto (resultante) al mismo tiempo de la represión, “el afecto-angustia de la fobia, que constituye la esencia de esta última, no proviene del proceso represivo, de las investiduras libidinosas de las mociones reprimidas, sino de lo represor mismo” (Freud, 1926). La anterior conclusión que pone a la angustia en los inicios de toda represión, que invierte los términos y desconoce la tesis de la “primera teoría” es extraída del estudio de las fobias, “el resultado final de la fobia es aproximadamente el mismo, la explicación de ello nos tiene que venir de otro lado (...) creemos conocer el motor de la represión en ambos casos y vemos corroborado su papel por el curso que siguió el desarrollo de los dos niños. Es, en los dos, el mismo [se refiere a Hans y al Hombre de los lobos]: la angustia frente a una castración inminente. Por angustia de castración renuncia el pequeño Hans la agresión hacia el padre (...) Pero también el pequeño ruso renuncia por angustia de castración al deseo de ser amado por el padre como objeto sexual (...) ambas plasmaciones del complejo de Edipo, la normal activa, así como la invertida, se estrellan, en efecto, contra el complejo de castración” (Freud, 1926) Y la conclusión “inesperada” -en la revisión de los casos de fobia- que reorganiza la relación entre angustia y represión: “en ambos casos, el motor de la represión es la angustia frente a la castración: los contenidos angustiantes -ser mordido por el caballo y ser devorado por el lobo- son sustitutos desfigurados (dislocados) del contenido 'ser castrado por el padre'” (Freud, 1926).

Si en la “primera teoría” la angustia era el resultado económico de la operación represiva, ahora, con la inversión de los términos, la angustia motoriza la operación represiva comandada por el yo que retira la investidura al representante pulsional a reprimir utilizándola para liberar una señal displacentera, despertando el afecto de angustia. Recordemos como en la “primera teoría” no se verificaba una “etiología sexual” aun cuando se reconociera un “mecanismo sexual”, es decir, no se dejaba

remitir históricamente a la reproducción de un estado anterior, siendo descrita como efecto de una operación automática y económica.

La angustia lleva a la castración como complejo (Laplanche, 1988), o dicho de otro modo, toda la organización pulsional infantil es retomada retrospectivamente en el Edipo para sucumbir en conjunto a la prohibición movilizada por el complejo de castración. El Edipo, que como complejo reúne el conjunto o constelación de representaciones, pensamientos y actitudes de hostilidad y amor a la pareja parental, tiene un valor central en la organización de la dinámica deseante del sujeto y en la especificación psicopatológica, siendo “el complejo nuclear de toda neurosis” (Freud, 1895). No es este el lugar para desarrollar la evolución histórica del complejo de Edipo en los textos freudianos y especificar las consecuencias que reviste para la teoría psicoanalítica, sino más bien nos limitaremos a especificar el valor de la angustia en el complejo de castración, momento de disolución del Edipo operado por la amenaza de castración.

El complejo de castración está centrado en torno a la fantasía de castración que se organiza como respuesta frente al enigma que resulta para el niño la constatación de la diferencia de los sexos. Frente a la pregunta por la ausencia de pene en la niña, el niño se responde que en algún momento lo perdió, y con ello también él puede perderlo. La constatación de la diferencia de los sexos “viene a actualizar y autentificar una amenaza de castración que pudo ser real o fantaseada” (Laplanche & Pontalis, 1996). Sin embargo, esta verdadera conmoción en la percepción de la diferencia de los sexos que se opera con el complejo de castración tiene ancestros, o dicho de otra manera, existen precursores y estadios previos de la castración. Freud señala que lo que culmina con la castración entendida en su sentido genital, comienza con la separación de la madre, pasando por la experiencia del destete y la separación anal de una parte del cuerpo propio (heces). Estos estadios previos de la castración están marcados, en su desarrollo, por ciertas condiciones de angustia particulares que especifican la relación del sujeto con la separación. Mientras que en los tiempos originarios el peligro está en su punto máximo de realidad (en relación a la supervivencia), solo es experimentado como una reacción en la tensión corporal y la angustia que la acompaña es del orden del terror, automática y excesiva; en la época de la castración genital el peligro pierde realidad desplazándose hacia el fantasma (la

fantasía de castración con sus efectos sobre el conjunto de la vida psíquica) y la angustia se especializa en la señal.

Sin embargo, frente a la tentación de seguir el hilo de pensamiento que permite remitir la castración a tiempos primitivos, preedípicos, no gobernados por la amenaza de castración sino por experiencias de separación, encontramos en **Inhibición, síntoma y angustia** (1926) una advertencia clara: Freud propone reservar el término “castración” para referirse a la castración en su sentido genital. Asistimos al intento de recentrar la teoría de la neurosis en el Edipo y en el complejo de castración entendido en su sentido literal. En relación a la interpretación literal de la castración (separación de los genitales) en ciertos pasajes de este texto encontramos una interpretación que pone la castración del lado de la realidad. De este modo, a partir del estudio de las fobias, Freud señala que el complejo de Edipo sucumbe a la represión que viene del exterior, haciendo coincidir con ello la castración con el peligro real. Si antes se comprendía a la fobia como una proyección de un peligro pulsional interno por un peligro de percepción externo -lo que facultaba la protección mediante la huida y la evitación en la percepción- ahora Freud rectifica esta tesis: “la exigencia pulsional no es un peligro en sí misma; lo es solo porque conlleva un auténtico peligro exterior, el de la castración. Por tanto, en la fobia, en el fondo se ha sustituido un peligro exterior por otro” (Freud, 1926). Colocar la castración del lado de la realidad tiene distintas consecuencias para la teoría que Laplanche agudamente describe como un verdadero “aplanamiento del freudismo” y que en lo fundamental al ligar angustia y peligro-real (ahora real en su sentido externo) la reducen a una especie de temor y reacción menor. Sin embargo, más adelante en el mismo texto, entre vacilaciones y rectificaciones, se encuentra una tesis que limita el alcance de la anterior: en la castración está en juego el temor de perder algo que ha adquirido valor narcisista y que aseguraría el reencuentro futuro con la madre.

Al lado de la tesis que localiza la castración del lado del peligro externo y reordena la teoría de la angustia en torno a la castración genital, encontramos otra que haciendo eco de los desarrollos de Ferenczi, marca una distancia importante con ésta ubicándose en otro terreno. La castración se entiende como una experiencia límite que pone en juego la posibilidad de perder el pene en tanto está altamente investido y en tanto su pérdida frustraría al sujeto de una posible reunión futura con la madre. Lo que

llevaría al sepultamiento del complejo de Edipo, como puntualiza Cabrera (2010), más que la castración en su sentido literal y genital es la emergencia de angustia ante el peligro de perder algo que ha adquirido un importante valor narcisista, en la medida que "(...) la posesión de ese órgano contiene la garantía para una reunión con la madre (con el sustituto de la madre) en el acto del coito. La privación de ese miembro equivale a una nueva separación de la madre; vale decir: implica quedar expuesto de nuevo, sin valimiento alguno, a una tensión displacentera de la necesidad (como sucedió a raíz del nacimiento)" (Freud, 1926). De este modo se comprende que la castración ponga en escena una experiencia crucial y límite al escenificar la situación originaria de desamparo donde no hay valimiento alguno frente a una situación peligrosa, "peligrosa porque implica quedar librado al incremento pulsional" (Laplanche, 1988).

La disolución del Edipo congrega en retrospectiva los diversos acontecimientos de la historia del sujeto cuya desarrollo está marcado por diversas experiencias de separación, precursoras de la castración y distintas emergencias de angustia. Así se comprende la tentativa realizada por Freud en la exploración de los orígenes de la angustia que lo llevan a buscar experiencias de separación cada vez tempranas para terminar situando en su fundamento a la pérdida de un objeto valorado narcisísticamente. Este esfuerzo de hacer remitir el complejo de castración a una vivencia distinta a la amenaza de castración es promovido por la interrogación del Edipo en la mujer, donde la amenaza no tiene valor en su represión y donde lo que lleva a su disolución debe ser buscado en la amenaza de perder el amor de objeto.⁴

Es a través de la angustia de castración que tiene efecto la disolución del complejo de Edipo con toda su constelación de representaciones y pensamientos,

4 La línea de pensamiento que intenta sostener el complejo de castración en una experiencia distinta a la amenaza de castración ha sido ampliamente explorada y desarrollada por diversos autores posteriores a Freud. Ya antes había sido anticipada por Rank con el valor dado a la experiencia traumática del nacimiento donde la angustia de castración haría eco de una serie de experiencias que en última instancia remitirían a la angustia de nacimiento. Sin embargo, Freud renuncia a emprender el desarrollo completo de estas ideas, un poco demasiado preocupado en desmarcarse de los desarrollos de Rank y también en organizar su teoría en torno al Edipo y la castración entendida en su sentido genital; así se comprende la insistencia de Freud en señalar que el término castración se debe reservar en su utilización para referirse a la castración genital.

congregando en sus salidas “distintos acontecimientos de la prehistoria del sujeto (...) se llega a su sepultura desde condiciones reales de formación de la vida anímica” (Cabrera, 2010). La angustia de castración es algo más que una reacción y factor que determina la represión en el sentido que está expuesto en Hans y que hemos desarrollado anteriormente. Según Laplanche, la angustia de castración es un organizador de todas las amenazas y de todos los traumatismos que encontró el niño en su historia y que son retomadas ahora en el Edipo, funcionando como una especie de elemento estructurante que metaboliza angustias más arcaicas que actúan en los tiempos originarios. Sugiere esta tesis a partir de la estudio de la agorafobia: no se encuentra un síntoma que permita “enmarcar” la angustia bajo una consideración más estructurante, como ocurre en las zoofobias donde el sufrimiento del síntoma permite hacer algo con el tormento de la angustia; sino que más bien el agorafóbico, con las salidas al exterior de la mano de una persona, o con los paseos al pie de las paredes, testimonia un esfuerzo por estructurar algo del orden de la frágil identidad narcisista que desfallece amenazada por angustias arcaicas, “oscuras” y primitivas (Laplanche, 1988).

iii. El yo: lugar de angustia y agente de señal

Las inhibiciones, que implican una limitación de ciertas funciones yoicas cuya ejecución comportaría un conflicto con el ello, revelan un yo atrapado en la encrucijada de la experiencia angustiosa. Afectado como está, el yo se vuelve sujeto de la angustia, pero un sujeto capturado, entorpecido en su actuar y limitado en sus movimientos de suerte que debe renunciar a ciertas funciones que le corresponden, ahora erotizadas por puntos de intrusión de lo sexual. Así, por ejemplo, en la histeria se suele erotizar la locomoción y con ello se traba o paraliza el aparato de movimiento para asegurarse contra la emergencia de angustia a la que arrastraría ejecución de la función locomotora. La fobia también puede entenderse en este sentido, como una inhibición especializada de cierta función, que impone al sujeto una limitación en sus movimientos. Mientras las inhibiciones le suceden a un yo afectado de angustia, los síntomas testimonian un sujeto activo de la angustia, en el sentido que puede ser reproducida por él bajo ciertas circunstancias.

La investigación sobre la represión, llevado a cabo en 1915, reveló a Freud el papel del yo en el proceso defensivo y al síntoma como sustituto desfigurado e interceptado de lo reprimido (Freud, 1915a). Cuando se advierte un peligro pulsional, el yo inhibe el decurso excitatorio que puja en el ello e intenta desviarlo según el sentido del principio del placer, emitiendo "una señal de displacer para alcanzar su propósito con la ayuda casi omnipotente del principio del placer" (Freud, 1926). El yo percibe que la satisfacción de una exigencia pulsional evoca una de las situaciones de peligro anteriores, requiriendo de este modo ser cancelada. El yo recurre la idéntica técnica utilizada en la operación del pensar: suerte de acción experimental con montos bajos de energía dispuestos de modo similar a las figuras de una mapa que permite experimentar las sensaciones de displacer que le corresponden a ciertos impulsos y movimientos. En este mismo sentido, que va en la línea de una "acción experimental", el yo anticipa lo que sería la satisfacción de la moción pulsional y con la utilización de un pequeño monto de angustia reproduce las sensaciones de displacer -que corresponden al comienzo de la situación de peligro amenazante y temida- limitando su espacio de acción (Freud, 1933). El síntoma, en un sentido económico, corresponde a la contrainvestidura utilizada por el yo cuando sale al encuentro de la moción pulsional que, de este modo, conjugándose con ella, produce el síntoma, indicio y sustituto de la satisfacción pulsional interceptada.

En términos económicos, el yo quita la investidura preconciente a la agencia representante de pulsión a desalojar y la ocupa en el desprendimiento de displacer. Así se comprende al yo como almacigo de la angustia: produce una señal deliberada con la intención, señala Freud, de influir en la instancia placer-displacer, "el yo aplica, para despertar el afecto [de angustia], justamente la energía liberada por el débito {Abziehung} producido a raíz de la represión" (Freud, 1926). Sin duda es un punto oscuro y difícil, lo declara el mismo Freud, saber cómo se opera esta suerte de transmutación de la investidura preconciente de la agencia representante de pulsión en el afecto de angustia. De cualquier modo, una vez que se hace del yo el lugar y emplazamiento de la angustia se termina rechazando la anterior explicación económica, siendo ahora "no producida como algo nuevo sino reproducida como estado afectivo siguiendo una imagen mnémica preexistente" (Freud, 1926). Este es un punto importante de quiebre con la primera teoría de la angustia. La angustia, en

tanto re-producción⁵ de una angustia arcaica, dispensa de su explicación económica y del escollo y la dificultad declarada de saber como se opera su transmutación desde el afecto.

La angustia lleva a la represión, está en sus orígenes determinándola como fuga, como intento de huida frente a la moción pulsional amenazante. La angustia señal es señal de que el peligro pulsional encuentre satisfacción, de que el placer se realice. En **La represión** (1915) se expone detalladamente lo que Laplanche llama la “verdad de la metapsicología”, esto es, que existe un juego entre los destinos del afecto y los de la representación. La angustia es uno de los destinos de la pulsión, es la transformación del afecto producto de la operación represiva: la representación es desplazada y el afecto puede transmutarse directamente, misteriosamente, sin mediación del yo, en angustia. Aquí es donde se constata más claramente cierta incompatibilidad entre síntoma y angustia y los poderes pero también la insuficiencia del yo respecto del fenómeno de la angustia. Para comprender el síntoma fóbico se requiere subrayar la idea que en aun antes de la formación del síntoma se pesquisa una suerte de “angustia libre” producto de la transformación de libido que no encuentra en el objeto punto de aplicación. Solo en un segundo tiempo la angustia libre es fijada a una representación sustitutiva, el objeto fóbico, que sirve como síntoma: es un compromiso frente a la emergencia de la angustia, que ahora puede aparecer de modo localizado, circunscrito, estructurado. El tercer tiempo en la formación del síntoma comprende la defensa racional y realista del objeto sustituto, con todas las piruetas para escamotear el peligro pulsional interno encarnado en el objeto externo. Más bien no se trata de una relación de lo interno con lo interno, sino en una especie de proyección y representación. Así se comprende que el síntoma en la neurosis obsesiva, los rituales

5 La idea de la señal de angustia tiene aún precursores más antiguos en el texto freudiano. En el **Proyecto de psicología para neurólogos** (1950) se sugiere que frente a las vivencias penosas el yo emite una señal con el fin de emprender una defensa, en **La interpretación de los sueños** (1900) está la idea de la restricción en el desarrollo de afecto a un mínimo utilizable como señal, y en **Lo inconsciente** (1915) en relación a la fobia, se describe la operación defensiva organizada en una suerte un parapeto estructurado en capas montadas en torno a un núcleo sensible, donde una estimulación de la periferia será el envión para el desarrollo de un pequeño monto o desarrollo de angustia aprovechable ahora como señal para inhibir el avance hacia el núcleo.

obsesivos por ejemplo, sirvan al mismo propósito que los síntomas fóbicos: escamotear en el sufrimiento del síntoma el tormento de la angustia.

Resulta sorprendente constatar como esta operación defensiva frente al peligro nos muestran un yo bien asentado en sus capacidades, nos revelan por así decir su fortaleza. En tanto los orígenes del yo se encuentran en el ello, siendo idéntico a él a no ser porque advino su sector estructurado y organizado, puede atestiguar su poder y fortaleza en el acto de represión. Freud agrega en este texto, en una suerte de retrato del yo, que éste "es constreñido por su naturaleza a emprender algo que tenemos que apreciar como intento de restablecimiento o reconciliación (...) es una organización, se basa en el libre comercio y en la posibilidad de influjo recíproco entre todos sus componentes" (Freud, 1926). El yo es una instancia dotada de organización, lo que habilita por una parte que el afecto de angustia (en tanto percepción de descarga que sigue determinadas vías) solo pueda ser "sentido" aquí; y por otra parte también se nos señala que aspira a la ligazón y reconciliación. De este modo, respecto a la lucha contra lo reprimido, "el está dispuesto a la paz y querría incorporarse el síntoma, acogerlo dentro del conjunto que el constituye". Junto al señalamiento de la fortaleza del yo está la advertencia de no sobrestimarla demasiado pues revela su debilidad en la indestructibilidad de las mociones pulsionales que no se dejan influir, persistiendo pujantes, y continuando su organización y existencia a expensas del yo. Los retoños de la moción reprimida sobreviven bajo la forma sustitutiva del síntoma, perturbando y renovando una y otra vez las exigencias de satisfacción, "construyendo al yo a dar en cada caso la señal de displacer y a ponerse a la defensiva" (Freud, 1926).

Uno de los pilares de la "segunda teoría" es la "señal de angustia" que pone en relación al yo como lugar o emplazamiento de angustia y también como encargado de su re-producción. Existe un primer desarrollo de la señal de angustia plasmada, podríamos decir, en lo que antes desarrollamos bajo la forma de angustia-preparación. Recordemos que frente al advenimiento de un peligro, la angustia movilizaba al aparato y resultaba ventajosa en la medida que preparaba para la acción, siempre y cuando se limitara a una señal, "cuanto más se limitaba el desarrollo de angustia a un mero esbozo, a una señal, más provechosamente se opera la transformación de la preparación para la angustia en acción" (Freud, 1916). Por otro lado, un desarrollo excesivo o un despliegue descomunal anulaba toda posibilidad de reacción,

capturando al sujeto en la inmovilidad de la experiencia de la angustia. Esta primera figuración de la angustia-señal, como señala Assoun (2001), comprende la idea de que el pequeño golpe de angustia evita el gran golpe. Es una alarma pragmática, que orienta la acción, emitida una vez que se sobrepasan ciertos límites, mientras que en la segunda figuración, desarrollada en **Inhibición, síntoma y angustia** (1926), la señal pasa a convertirse en un verdadero "signo de advertencia" que reúne en sí misma significación, información y alarma.⁶

De simple alarma pragmática o sirena que alerta sobre el desborde de un límite, la angustia pasa a convertirse en una estrategia frente a la pulsión, en una operación psíquica comandada por la instancia del yo. La angustia sigue alarmando de la inminencia de un peligro, pero a la vez porta una significación. Ya no es solo un destino, la resultante de una operación económica, ni tampoco alerta automáticamente sobre la proximidad del deseo, sino que participa de una significación simbólica que rememora un acontecimiento ocurrido en el pasado lo que a su vez abre nuevos puntos de vista sobre la naturaleza del peligro. La angustia, en su cualidad de afecto, esto es, en tanto articulación o complejo (ensemble), repite experiencias originarias de la historia individual y aun filogenéticas de la especie, "los estados de afectos se incorporan a la vida psíquica en calidad de sedimentos de sucesos traumáticos muy antiguos, recordado en situaciones análogas como símbolos anémicos" (Freud, 1926).

Se subraya como avance fundamental la subversión que produce la señal en la relación de la represión con la angustia. Sin embargo, la subversión va mucho más allá que la mera inversión de los términos, esto es, que ahora la angustia motoriza la represión y no es el resultado de ella. A su vez, se ahorra la explicación metapsicológica de la angustia adjudicándosela al yo que la reproduce como afecto siguiendo una imagen mnémica preexistente, es un símbolo de afecto creado en las primeras ocasiones de represión y también en las primeras ocasiones de ruptura del paraexcitaciones (Freud, 1938). Con la señal también vuelve la situación traumática de los primeros tiempos.

⁶ Si bien la señal fue introducida tempranamente por Freud, es en **Inhibición, síntoma y angustia** (1926) donde adquiere una formulación más compleja y completa: la señal de angustia enciende las alarmas del sistema ante la información del advenimiento de un peligro que ya sucedió, en este sentido, participa de la significación como símbolo mnémico que rememora un acontecimiento pasado.

iv. Situación traumática y situación de peligro

La angustia tiene una “nota particular” señala Freud, se reconoce por su tono distintivo, es sentida de modo indiscutido en el cuerpo. En efecto, como totalidad en la angustia participan inervaciones motrices, acciones de descarga, percepciones y un displacer que en conjunto le dan ese sello tan característico a la angustia. Por ello, la angustia puede señalarse en una fórmula próxima a la fisiología como “estado displacentero particular con acciones de descarga que siguen determinadas vías” (Freud, 1926). Sin embargo, un avance fundamental de este texto es el rechazo de esta síntesis estrictamente fisiológica con la introducción del trauma en el origen de la angustia. Freud puntualiza “de acuerdo con nuestras opiniones generales, tenderíamos a creer que en la base de la angustia hay un incremento de la excitación, incremento que por una parte da lugar al carácter displacentero y por la otra es aligerado mediante las descargas mencionadas. Empero, es difícil que nos conforme esta síntesis puramente fisiológica; estamos tentados de suponer que es un factor histórico el que liga con firmeza entre sí las sensaciones e inervaciones de la angustia” (Freud, 1926).

La interrogación por orígenes que marca un viraje en la investigación es operado por este necesario “factor histórico” que permite introducir la historia en la experiencia de la angustia. La angustia no es solo algo sentido, una reacción puramente somática, sino que tiene una historia. Freud lo plantea en estos términos: es la reproducción de una vivencia.

La teoría de la angustia debe ser revisada a partir de este descubrimiento que inaugura la pregunta por los orígenes, por el primer acontecimiento. En la búsqueda del primer acontecimiento en el origen de sujeto y en el origen de la angustia, se puntualiza que la angustia es la reacción originaria ante un peligro real que tiene por modelo la experiencia del nacimiento, para luego ser, en su dimensión de expectativa, una reproducción amenguada de ella frente a otras situaciones de peligro. Sin embargo, ya vimos el recorrido y las oscilaciones que sufre lo “real” del peligro en los

textos de Freud y como termina acotado al único peligro subjetivable para el sujeto: un desbordamiento interno. Entonces, ¿de qué peligro-real se trata aquí y que lugar ocupa la angustia? Freud lo dirá más adelante con todas sus letras: la angustia es la reacción originaria frente el desvalimiento en el trauma.

Sin embargo, es necesario especificar qué se valora y califica como peligro en la situación traumática del nacimiento. Contra Rank⁷, Freud limita el nacimiento a ser modelo de una experiencia que reunió las condiciones para un incremento en la magnitud de los estímulos y, en tanto fue la primera ocasión de manifestación de angustia, especificó las vías de descarga y en lo fundamental le dio ese “tono” tan característico a la angustia. El nacimiento presta las formas de expresión sellando el cómo se organizará posteriormente la experiencia de la angustia, “el acto de nacimiento es, por otra parte, la primera vivencia de angustia y, por añadidura, fuente y modelo del afecto de angustia” (Freud, 1926).

¿De qué peligro se trata ahí donde la realidad está en su punto mínimo en la medida que el nacimiento y la separación de la madre aun no puede ser subjetivado? En el nacimiento se da una paradoja: la realidad está en su punto máximo, pues el riesgo y peligro de muerte es muy real, pero las representaciones de ese peligro están en su punto mínimo: el peligro es percibido entonces solo como un fenómeno fisiológico, como experiencia somática. El sujeto en los orígenes solo nota un enorme incremento en los estímulos, excesivas investiduras libidinales y una gran perturbación económica. El nacimiento se caracteriza por ese “envenenamiento” o “intoxicación de la sangre” que describe Freud, que obliga a que los pulmones y vías respiratorias se pongan en movimiento. Lo esencial, según Assoun (2003), es esta experiencia de invasión o fractura de una interioridad, aun antes que el nacimiento tenga lugar, metaforizado por la intoxicación sanguínea.

7 Si bien Rank introdujo la historia en las reacciones de angustia con la tesis del “trauma de nacimiento”, terminó reduciendo el trauma a un acontecimiento real y haciendo de la vida psíquica y sus conflictos una especie de gran eco, suerte de reacción reactiva e intento de abreactar el trauma de nacimiento. Freud reacciona criticando la tesis que hace del nacimiento una causa real, cuya afirmación tendría graves consecuencias para su teoría, limitando el alcance del nacimiento a ser modelo de la experiencia traumática.

Para especificar qué se sanciona como peligro Freud se propone repasar la angustia en los niños. La angustia infantil (frente a los extraños y la oscuridad) revela ser finalmente reacción ante la ausencia de la madre. Y esto dado que el niño sabe por experiencia que la madre satisface sus necesidades sin dilación, resguardándolo del estado displacentero de la necesidad al que quedaría sometido sin su intervención. Estado de necesidad que comparte con el nacimiento la perturbación económica y el incremento en la magnitud de los estímulos que no encuentra un punto de aplicación. Lo que el niño valora como peligro, y frente a lo cual quiere resguardarse, es el estado displacentero, el aumento de la tensión frente al cual es impotente y queda desvalido.

El núcleo de toda situación traumática se encuentra en la experiencia de desvalimiento originario. O más bien, lo que hace traumática a una situación es la promoción del estado de desvalimiento originario a una situación que puede ser actual. Esta es la diferencia entre situación traumática y situación de peligro.

La situación traumática es la primera y originaria situación de peligro, o dicho en otros términos, aquella se levanta como condición -otorgando toda su especificidad- a la segunda. Se trata, en relación al peligro, de la emergencia de ese factor traumático que se caracteriza, en los primeros tiempos, por una elevada tensión imposible de ser tramitada. Se asiste a una intoxicación, a una experiencia "aversiva", a un exceso pulsional. Encontramos aquí, por el lado del trauma, lo que antes desarrollamos por el lado de la fractura en la protección antiestímulo. Es un desvalimiento frente al ataque de la pulsión, frente al exceso libidinal de la "primera teoría", donde la angustia nace "directamente a raíz del encuentro del yo con una exigencia libidinal proveniente de factores traumáticos" (Freud, 1933). En tiempos posteriores, una vez que la represión actúa y tiene efectos en la organización del aparato psíquico, el peligro real temido es la vuelta a emerger de este factor traumático que pone en jaque el principio del placer imposible de "enseñorear" por las vías del placer-displacer la crispación libidinal.

Por un lado, desvalimiento frente a la pulsión, y por el otro, exceso que solo puede ser sosegado con la intervención de la figura del otro. Freud apunta que con la experiencia de un objeto exterior que pone término a la situación peligrosa se produce un desplazamiento en el contenido del peligro y en las formas de producción de angustia. En el esfuerzo de distinguir la situación traumática originaria de la situación

de peligro, propone llamar traumática a una situación donde se registra “en ese momento una necesidad que la madre debe satisfacer”, y se muda en situación de peligro “cuando esa necesidad no es actual”. Con la intervención de la figura del otro se instala una experiencia de satisfacción que sosiega y calma el exceso del estado de necesidad produciendo un segundo tiempo que no es actual.

Con ello se produce una dislocación fundamental. Si antes la ausencia de la madre implicaba perderla para siempre, no volver a verla, luego con las repetidas “experiencias consoladoras” se instala ese “discernimiento” tan importante: a la desaparición le sigue su aparición y ahora puede sentir una añoranza de la madre no acompañada de desesperación. La intervención del otro introduce un segundo tiempo en la experiencia de la angustia, un segundo tiempo que reformula el contenido del peligro y la forma de producción de angustia, y que en lo esencial permite estar a la espera, expectante, sin caer presa del terror.

Entonces, encontramos dos formas expresión que se corresponden con el doble origen de la angustia. En la situación traumática ella nace directamente a raíz del encuentro traumático del yo con una exigencia libidinal, desencadenándose de modo automático, anárquico, similar a la descarga libre del proceso primario; y posteriormente, en la situación de peligro, es desencadena de modo controlado, anticipándose en la defensa frente a la amenaza de peligro.

La situación de peligro es solo una de las distintas condiciones de angustia que derivan de la primera y originaria situación traumática. Con la maduración y el desarrollo se pierden ciertas condiciones de angustia y otras situaciones de peligro adquieren relevancia. Se trata del peligro-real planteado bajo las nuevas condiciones que impone el desarrollo psíquico. Siguiendo esta línea, Freud describe una serie condiciones de angustia y situaciones de peligro según cada etapa de desarrollo, siendo la angustia que tiene por condición el desvalimiento la primera y más originaria frente a la cual ni aun la “condición de adulto” (Freud, 1926) ofrece protección frente su emergencia. De este modo, siempre encontramos la situación traumática primera emboscada detrás de la situación de peligro, siendo esta siempre referida a aquella, pero por otro lado, no siempre la situación traumática puede ser referida a la situación

de peligro, ella puede sobrevenir sin referencia alguna a la situación de peligro como lo enseñan las neurosis de guerra y otros traumatismos.

v. La angustia como repetición y expectativa del trauma

Recordemos que la vivencia traumática del nacimiento se articuló como arquetipo de las situaciones de peligro a la vez que la angustia sentida en el nacimiento “paso a ser el arquetipo de un afecto de angustia que debía compartir los destinos de otros afectos. O se lo reproducía en situaciones análogas (...) o el yo adquiriría poder sobre este afecto y él mismo lo reproducía, se servía de él como alerta frente al peligro...” (Freud, 1926). Es decir, dos modalidades en la producción de angustia: una automática en la situación traumática y otra como señal de alerta en la situación de peligro.

El pasaje de la angustia como producción automática a su reproducción deliberada como señal de peligro está marcado por la experiencia originaria de desvalimiento, donde la madre sosiega la tensión displacentera de la necesidad, tal como lo desarrollamos anteriormente. A su vez, esto determina que el contenido del peligro se desplace “de la situación económica a su condición, la pérdida de objeto” (Freud, 1926). La ausencia de la madre deviene la nueva situación de peligro, “el lactante da la señal de angustia tan pronto como se produce, aun antes que sobrevenga la situación económica temida” (Idem), que guarda ecos y resonancias del peligro originario de la situación de desvalimiento.

Es en la situación de peligro donde se da la señal de angustia. Esta contiene la expectativa de una situación de desvalimiento ya experimentada, una expectativa de que la situación traumática puede volver a suceder. Se actúa, señala Freud, como si el trauma estuviera ahí a la vez que todavía es tiempo de extrañarse de él. Una distinción crucial comprende la posibilidad estar a la espera anticipando estratégicamente un peligro sucedido, lo que implica sin duda una complejización importante del aparato psíquico, conquistas del principio de realidad, que le permiten con el proceso secundario, con la operación “experimental” del pensamiento, manipular y ligar

pequeños montos de angustia, sin caer presa de una reacción automática, víctima de un desborde primario.

Con la señal de angustia se instala otro tiempo, un segundo tiempo para el sujeto ahora en espera del trauma. La angustia es expectativa y reproducción amenguada de la situación traumática, es una especie de rememoración y recuerdo del “exceso” y desborde pulsional, contenido de modo atemperado en la señal, “la angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento en el trauma, que más tarde es reproducida como señal de socorro en la situación de peligro. El yo, que ha vivenciado pasivamente el trauma, repite {Wiederholen} ahora de manera activa una reproducción {Reproduktion} morigerada de este, con la esperanza de poder guiar de manera autónoma su decurso” (Idem).

Este segundo tiempo de espera comprendido por la situación de peligro, donde lo distintivo según Freud es que ahí se da la angustia como señal; bien, este segundo tiempo permite “esperar” y “recordar” la situación de desvalimiento antes vivenciada. Existe un contrapunto entre la vivencia del terror y la posibilidad de ubicarla en el tiempo, esperando y discerniendo aquella según ciertos indicadores.

En **Esquema del psicoanálisis** (1938), en una breve referencia a la angustia, Freud señala lo que ella comparte con el delirio de la psicosis. El delirio debe entenderse como un intento de explicar, restaurar, recordar la verdad prehistórica: pone una parte de la verdad histórico-vivencial en el lugar de la realidad rechazada, o dicho en otras palabras, el fragmento de realidad objetiva desmentida en el presente por el delirio es un sustituto de la temprana desmentida de la verdad prehistórica. De este modo Freud puntualiza que el neurótico, con la angustia, también traslada la prehistoria olvidada al presente o a la expectativa del futuro, una expectativa, por ejemplo, de que algo terrible sucederá.

La metáfora de la vacuna permite figurar la operación contenida en la señal de angustia manipulada por el yo. Freud afirma que el yo se aplicaría a si mismo la angustia como una especie de vacuna, a fin de evitar con la pequeña vacunación de angustia el gran golpe del terror: “el yo se somete a la angustia como si fuera a una vacuna, a fin de sustraerse, mediante un estallido morigerado de la enfermedad, de un

ataque no morigerado (...) la situación relativa al peligro es una espera que anticipa la situación de desamparo y en la cual puede intervenir la angustia como señal al evocar por ejemplo una vivencia traumática precedente” (Freud, 1926).

Vemos como la señal de angustia le permite al yo estar en los puestos de avanzada en relación al peligro, re-produciéndola estratégicamente en la defensa. Sin embargo, también constatamos cómo la nueva reformulación supera la simple inversión angustia-represión y promueve una indagación por los tiempos anteriores a la represión. La angustia, en el campo de batalla contra el peligro, marca una línea, pero “más allá, cuando la línea se derrumba, la angustia ya no es posible, cosa que marca el pánico” (Assoun, 2003). En este sentido se comprende que el pánico, la vivencia del terror, implique una experiencia vivida sin el apronte-angustiado, “esto confirma a contrario que, cuando hay angustia, ésta se inscribe en un sujeto. Lo cual permite fundar la constatación de que solo hay angustia para un sujeto...” (Assoun, 2003). La angustia -con el yo- está en los puestos de avanzada en el combate frente al peligro pero también la encontramos, por así decir, en la última fila, en los últimos puestos de la defensa, en el límite donde más allá de ella reina el terror y lo económico puro.

Esto nos permite comprender lo que se juega en las neurosis traumáticas que están más allá del principio del placer y que, con Assoun podemos afirmar, son el lugar del terror. Ellas tienen como causa la experiencia de un acontecimiento que, menos por la magnitud del estímulo que por su carácter sorpresivo, fracturó la protección-antiestímulo teniendo efectos devastadores para la vida psíquica, condenando al sujeto a una repetición de la experiencia traumática y a la imposibilidad de ligazón en general y en particular de estímulos de la situación catastrófica. Ocurre que “el sujeto tuvo la vivencia del terror, en lugar de angustia, y el límite que transgrede era el último bastión que sostenía el principio del placer, provocando un agujero que lo hace caer más allá del principio del placer. Esta perforación va a comprometer la condición misma de la elaboración...” (Cabrera, 2010).

En efecto, en pacientes afectados por experiencias catastróficas se constata una referencia constante a la situación traumática, una vuelta asistir con todos sus pormenores. La atención a los detalles y pormenores es notable, constata una

imposibilidad de olvidar y también la condena a una repetición de lo mismo. ¿De lo mismo? La repetición que obliga al sujeto a asistir una y otra vez a la experiencia que ocasionó la neurosis traumática implica un intento fallido de elaboración que repite ahora la misma escena traumática pero con el agregado de angustia que faltó antes en su momento y que hubiese protegido al sujeto del peligro y ciertamente de caer en la neurosis traumática. Los sueños traumáticos, que comprenden en su vivencia un carácter displacentero y altos montos de angustia, “buscan recuperar el dominio sobre el estímulo por medio de un desarrollo de angustia cuya omisión causó la neurosis traumática” (Freud, 1926).

Los sueños traumáticos que vuelven a editar el terror de la situación catastrófica constituyen uno de los fenómenos en los cuales Freud se apoya para introducir un funcionamiento situado más allá del principio del placer. ¿Sueños más allá del principio del placer? Freud señaló en efecto que aun cuando los sueños de angustia en la neurosis pueden tener un carácter displacentero, en última instancia se descubren participando del principio del placer, son finalmente cumplimiento de deseo. Tienen un sentido inconciente que, tarde o temprano en las asociaciones, revela ser cumplimiento de deseo, y la angustia funciona aquí como el termómetro que mide la distancia existente entre las mociones pulsionales y sus satisfacciones. Cuando el deseo sexual se revela sin disfraces ni desfiguraciones, penetrando en el sistema preconciente, la angustia despierta al durmiente. Esto permite afirmar que la angustia orienta sobre la dirección del deseo sexual. No puede decirse lo mismo de los sueños de las neurosis traumáticas, caracterizados por su carácter displacentero y reiterativo, sin conflicto sexual ni sentido inconciente, y donde puede afirmarse que no responden a cumplimiento de deseo alguno.

Despejemos el espinoso problema de desentrañar lo que la repetición de la situación traumática tiene de diabólico y demoniaco, esto es, si más allá de la repetición de lo mismo cuyo fin es dar lugar a lo nuevo, se pesquiza siempre una compulsión de lo displacentero sin cumplimiento de deseo; para centrarnos en exponer el lugar de la angustia en los sueños de las neurosis traumáticas.

El trauma como efracción generalizada tiene por efecto paralizar el principio del placer, condenando al sujeto a una repetición de la situación traumática con el objetivo

de ligar las excitaciones, aportando el monto de angustia que hubiese protegido del peligro y que ahora se constituye como el último intento de liquidar la excitación anárquica, y de restablecer, por así decir, las condiciones mínimas que requiere la puesta en funcionamiento del principio del placer: la posibilidad de ligar los estímulos y contener la angustia sin ser arrastrado por su desencadenamiento libre, automático, reeditando las angustias arcaicas, cuya figura sigue los avatares del terror.

Mientras los sueños de las neurosis revelan la proximidad del deseo y testimonian una complejización del aparato psíquico que, con arte y maña, configura al sueño como formación de compromiso entre dos sistemas y como formación sustitutiva del deseo inconsciente; los sueños de las neurosis traumáticas nos muestran la angustia al servicio de una operación mucho más primaria para la integridad del sujeto. En todos los casos la angustia tiene un sentido disruptivo que despierta al soñante. Quizás un indicador crucial, no solo de la puesta en marcha del principio del placer, sino también de cierta integridad del sujeto afectado por traumatismos, sea la capacidad de producir un sueño y también la capacidad de olvidarlo. Un sueño que no vale por sus contenidos sino por el hecho de que fue producido, experimentado, ligado... algo así parece sugerir Freud cuando señala que “los sueños de los cuales uno no sabe decir nada tras despertar son los que mejor han desempeñado su función” (Freud, 1925).

VI. A modo de conclusión

Los sueños que son cumplimiento de deseo resultan del juego entre una desfiguración preconciente y las mociones pulsionales inconcientes. El deseo siempre motoriza el sueño que, algunas veces encuentra la angustia, señal de develamiento y alerta sobre la proximidad de la realización del placer, despertando al soñante. Mientras por otro lado los sueños de las neurosis traumáticas parecen no estar organizados al modo de un sueño que es siempre cumplimiento de deseo. En efecto, no se encuentra una historia sexual camuflada entre señas, sino por el contrario, antes que historia y señas, ellos muestran un presente y evidencias: el evento traumático es repetido con todos sus pormenores. Y esto porque en las neurosis traumáticas se encuentra un funcionamiento que cae más allá del principio del placer y más allá del fantasma, promoviendo la interrogación por los eventos primarios y tiempos primitivos que vuelven en la experiencia del angustia.

Sin embargo, ¿es posible sostener una división tan concluyente entre historia/señas y presente/evidencias? Creemos que no, y toda nuestra investigación estuvo orientada en dibujar la angustia como un fenómeno "complejo", con polos somáticos y fantasmáticos, con tiempos sucesivos y paralelos, que retornan como invocación de pasados remotos y también como suerte de tentativa de exorcizar vivencias límites.

Recorrimos las coyunturas conceptuales que dieron origen a la primera teoría de la angustia y expusimos cómo ciertos descubrimientos desplazaron el interés del mecanismo a la base por la función de la angustia (en relación al síntoma) y su historia (con la introducción del factor traumático). El peligro como desborde y violencia pulsional interna, la estrecha relación entre libido y angustia, distintas caras de la misma moneda, y que hacen de ella un "fenómeno originario", cercano al cuerpo más crudo; son algunos de los elementos que le dan un carácter económico a la "primera teoría" y que se pierden con la revisión o puesta a punto que comprende el texto de 1927. No obstante, sabemos que la "segunda teoría" surge una vez que Freud maneja la concepción de un aparato psíquico con distintos lugares psíquicos, que sigue los

efectos de la represión, estructurado en tiempos sucesivos, en este sentido podemos afirmar que la "segunda teoría" es una formulación que Freud se da en segundo lugar para ubicar la angustia en relación a los nuevos aportes de la metapsicología. Ciertamente, no un segundo lugar sucesivo en la teorización que descartaría una versión desactualizada de la angustia, sino más bien es un lugar que retoma que los primeros desarrollos, configurando una versión más compleja, y aun más, es un segundo lugar levantado sobre los aportes de la "primera teoría": el peligro adquiere otras nominaciones, el terror se vuelve angustia automática, el trauma coincide con el hundimiento de la protección antiestímulo, etc.

Y no solamente encontramos dos tiempos en la teorización sino también dos tiempos en la experiencia de la angustia. Ella, junto al sueño, enseña una historia sexual que remite a lo infantil. En efecto, la experiencia de la angustia muestra claramente un operación regresiva, o como apunta Assoun, nos angustiamos en tanto niños, el niño que somos se ve afectado de angustia. No solo revela el presentimiento del deseo, los tanteos de un peligro demasiado real, sino que en la experiencia de la angustia vuelve un tiempo inaugural, primitivo, tiempo del desamparo del objeto que deja a la libido sin punto de aplicación y que, en otro registro, por lo inacabado y endeble del yo, condena al sujeto a pagar su seguridad con la angustia ante la pérdida de amor. Esto es lo que enseñan los síntomas fóbicos, en ellos se encuentra señas de historia y transformación de libido, desplazamiento por cadenas de representaciones y transformación cualitativa del afecto. Y aún en los primeros textos, aun en plena "primera teoría", Freud constata que la angustia como fenómeno complejo participa de la mixtura somática y representacional de la histeria de conversión. Ahí donde la histeria de conversión pareciera ser todo cuerpo, encuentra jirones de historia.

Como describimos en el texto, aun en la defensa frente al peligro pulsional, donde la angustia queda reducida a una suerte de pequeño temor, reacción puramente displacentera al servicio del yo, aun ahí la angustia revela la referencia al pasado que vuelve ahora evocado en la señal; y que con Freud podemos señalar: evocación y rememoración que no es actual. Porque la señal nos muestra la angustia localizada, estructurada, ligada, lo que permite por un lado tantear el peligro sin caer presa de él, y por el otro, "metabolizar" el terror que vuelve con la angustia. Que la señal siempre corra el riesgo de convertirse en angustia automática, en desborde, nos sugiere que la

señal de angustia es una defensa frente a sí misma, frente a lo que vuelve con ella. En este sentido se comprende lo que sucede en las neurosis traumáticas donde el tiempo parece estar suspendido, congelado, en un solo presente, y donde la señal al no tener lugar condena al sujeto a la repetición diabólica del terror, sin el sosiego de la señal faltante que hubiese inaugurado otro tiempo y otras formas de ligazón.

Quedan sugeridas posibles líneas de investigación que interroguen la experiencia y los casos donde, al igual que en la neurosis traumática, la angustia se desprende de su función de espera y expectativa para señalar más bien su hundimiento, el hundimiento de la protección antiestímulo y del principio del placer, y donde se revela la amplitud del terror y sus efectos en la vida psíquica. Y en relación a la angustia desprendida de su función de expectativa, reducida a un afecto elemental, casi excitación bruta, también queda por explorar su vínculo con el síntoma, en su incompatibilidad radical como transmutación más directa del componente "afectivo" de la pulsión.

VII. Bibliografía

Assoun, P-L. (2003). *Lecciones psicoanalíticas sobre la angustia*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Bleichmar, S. (1984). *En los orígenes del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Amorrortu

Cabrera, P. (2010). *Tiempo, angustia y subjetividad*. En R. Aceituno (Comp.), *Espacios de Tiempo. Clínica de lo traumático y procesos de simbolización* (pp. 15-42). Santiago: Catalonia.

Freud, S. (1892). *Manuscrito A.*. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo I.

Freud, S. (1894). *Manuscrito E.*. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo I.

Freud, S. (1895 [1894]). *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia"*. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo III.

Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo IV.

Freud, S. (1897). *Carta 75*. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo I

Freud, S. (1909a). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo X.

Freud, S. (1909b). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo X.

Freud, S. (1915a). *La represión*. En Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo XIV.

Freud, S. (1915b). *Lo inconciente*. En Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo XIV.

Freud, S. (1917). *35va. Conferencia. Conferencias de introducción al psicoanálisis*. En Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo XVI.

Freud, S. (1920). *Más allá del principio del placer*. En Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo XVIII.

Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. En Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo XIX.

Freud, S. (1925). *Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto*. En Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo XIX.

Freud, S. (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. En Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo XX.

Freud, S. (1933 [1932]). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. En Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo XXII.

Freud, S. (1940 [1938]). *Esquema del psicoanálisis*. En Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo XXIII.

Freud, S. (1950 [1895]). *Proyecto de psicología*. En Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, tomo I.

Laplanche, J. (1988). *Problemáticas I: La angustia*. Buenos Aires: Amorrortu

Laplanche, J. & Pontalis J-B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Rojas, H. (2009). *Las concepciones psicopatológicas de Sigmund Freud*. Santiago: ICHPA.